



JACLR

*Journal of Artistic
Creation & Literary
Research*

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de máster, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 4 Número 2 (Diciembre 2016)

La Piru

"Historias sobre un viejo portón abandonado"

Para citar el artículo

Piru. "Historias sobre un Viejo portón abandonado." *Journal of Artistic Creation and Literary Research* 4.2 (2016)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Se abrió despacio mientras sus goznes chirriaban por la falta de uso. Cuando empiezas a escribir un relato es como estar bajo los efectos de una droga que te envuelve y pierdes el sentido de la realidad. Escribes las primeras líneas y no tienes noción de cómo continuar.

Esa puerta se abrió despacio. ¿Por qué motivo? Se pueden sacar miles de conclusiones. Se abrió despacio para desvelar una historia antigua de amor, quizás de fantasmas, de horror, de miserias humanas...

EL VIEJO PORTÓN NEVADO

Alguien escribió que la nieve es el mejor efecto espacia de la naturaleza. Y, tal vez, la prueba incuestionable de un Dios creador con un gran sentido artístico. S han escribo muchas historias y cuentos sobre la nieve, y siempre funciona, ya que este recurso climatológico muy fácilmente puede convertirse en mágico.

El día había amanecido soleado aunque era el mes de enero, así que Luis y Rosa decidieron subir a la sierra para practicar su deporte preferido, el senderismo. Les encantaba escalar montañas y mirar el panorama desde su cima. Era como sentirse poderosos y reyes del universo. Salieron muy temprano con sus mochilas y sacos de dormir por si les pillaba la noche, ya que estaban acostumbrados a ello.

Anduvieron parte del día hasta que llegó la gran nevada. Entonces Luis, al ver que aquello arreciaba de forma creciente, le comentó a Rosa:

- Tenemos que buscar un refugio rápido porque esto se está poniendo feo y presiento riesgo de avalanchas. Hay que ir más rápidos porque nos vamos a congelar. Comienza a anochecer.
- Estoy agotada, contestaba Rosa, a la que ya las piernas la respondían malamente.
- Mira, dijo Luis de pronto. Ahí entre esos árboles diviso una mole de piedra. Quizás sea una casa en donde poder pasar la noche.
- Tengo mucho miedo, decía ella, mientras caminaba a duras penas. ¿Quién puede vivir ahí en un lugar tan solitario?
- Quizás sea un caserón abandonado, le respondió Luis. No te preocupes. La cuestión es que dentro de nada ya no vamos a ver, y mejor será eso que quedarnos aquí ateridos a la intemperie.

Llegaron a duras y pesadas zancadas y ya con las pocas luces que quedaban vieron eso que pensaba Luis, un gran caserón antiguo de piedra, cubierto de hiedra y cerrándoles el paso, un gran portón de hierro. Luis intentó abrirlo pero era imposible. Empezó a darle golpes y patadas pero no conseguía nada. Al final, como mujer con ideas, se quitó una horquilla del moño y la metió en el ojo de la cerradura. Le dio vueltas y el portón cedió con un gran chirrido de goznes oxidados.

Recorrieron un pequeño jardín muy abandonado y lleno de maleza hasta llegar a la puerta principal de la casa, que igualmente estaba cerrada.

- ¿Qué hacemos? Se preguntaron
- Pues lo primero llamar, dijo Luis. Por si hay alguien dentro.

Vieron una gran aldaba de hierro y la hicieron sonar varias veces pero nadie contestó; solo el sonido de la ventisca que cada vez era más potente y se estaba convirtiendo en vendaval.

- Vamos a ver si podemos entrar por alguna ventana.

Recorrieron el edificio pero todas estaban cerradas. Ya desesperados y tiritando volvieron a la puerta, la cual era tan antigua que no cedía a ningún golpe, hasta que Rosa, con su intuición y aficionada a leer, tuvo una idea y le dijo a Luis:

- ¿Por qué no miras debajo de ese felpudo? Hay muchas novelas y películas donde esconden ahí la llave.

Luis se agachó y aunque el felpudo se hizo añicos en su mano, ahí escondida apareció, entre tierra y maleza, una gran llave. Al meterla en la cerradura vio con gran sorpresa que la puerta cedía entre chasquidos tenebrosos.

- ¡Chica eres estupenda! ¡Esa es mi chica! Decía Luis para animarla, ya que Rosa estaba aterrorizada y no quería entrar.

La avalancha de nieve la empujó para dentro. Allí, al ver el espectáculo casi se desmaya. Estaba todo muy oscuro, pero el vestíbulo era espacioso. En él, varios

sillones tapados con sábanas que ya de blancas solo tenían el nombre, y un gran reloj de pared presidiéndolo todo. Se vislumbraba una escalera que cuando Luis encendió la linterna observaron que no estaba en mal estado, la cual debía de subir a los dormitorios. Como estaban agotados y ateridos, él prácticamente la subió en volandas y abrió la primera puerta que vieron sus ojos. Efectivamente era un dormitorio, y en él, una gran cama con dosel. Luis sacó los sacos de dormir y los echó sobre el gran colchón si fuerzas; totalmente agotados.

Rosa no sabía el tiempo que llevaba sumida en un raro sueño cuando la despertó el sonido del reloj. Largas y profundas campanadas que retumbaron en toda la casa. Se sentó en la cama; primero somnolienta, luego intrigada, y cuando se hizo cargo de la situación... aterrorizada, pues bien sabía ella que aquel antiguo reloj era de cuerda y cómo demonios estaba funcionando. Despertó a su marido, y él también se quedó pasmado al escuchar las largas campanadas: estaban dando las doce... Se empezaron a oír ruidos extraños; golpes y gemidos en la habitación de al lado. Y no se acaban de recuperar cuando la puerta de su dormitorio se abrió de golpe y apareció una niña de unos siete u ocho años en camisón. Tenía largos cabellos castaños e iba como sonámbula.

Se acercó a la cama y de un salto se acostó entre los dos. Miró a Rosa con una mirada de angustia como pidiéndola protección, y se acurrucó contra ella cerrando los ojos. Inmediatamente, Luis tomó a Rosa del brazo, que ya estaba catatónica, y se la llevó hasta la ventana para ver si encontraba alguna salida. El piso era bajo y de un salto podrían alcanzar el jardín. Eso era mejor que salir por la puerta. Había mucho ruido en el interior de la casa, y sabía que algo ocurría en el interior de la vivienda; algo que él no podría controlar.

Tardaron días en recuperarse del extraño suceso. Sobre todo Rosa que estaba muy desorientada. Tenía la mirada de la niña clavada en el alma, y no la podía olvidar. Su instinto de madre, aunque todavía no lo era, se había despertado. Sabía que la niña la pidió ayuda y ella no pudo hacer nada. Pero el tiempo todo lo cura, y pudieron sentarse y hablar tranquilos.

- ¿Qué te parece si vamos a la biblioteca e indagamos sobre lo sucedido?, le preguntó él.
- También podíamos consultar a un psicólogo e ir a revisar archivos sobre casas antiguas, contestó ella.

Y se pusieron manos a la obra. Lo primero que averiguaron es que el consabido caserón era del siglo XVII y que sus primeros moradores habían sido unos condes. Con ellos vivía también su hija, una niña de corta edad. Una noche de luna nueva, el matrimonio tuvo una gran pelea ya que la mujer la había sido infiel con uno de los sirvientes. El marido en un ataque de rabia y de celos la mató cortándole el cuello en presencia de la niña, que corrió horrorizada por toda la casa pidiendo ayuda. Cuando acudieron los sirvientes, encontraron en un gran charco de sangre dos cadáveres; el de la mujer y el del marido que acto seguido se había quitado la vida. A la niña la ingresaron en una institución mental pues se volvió loca de terror y tenía la manía de todas las noches meterse en la primera cama que encontrase para refugiarse de lo que había presenciado. Duró pocos años ya que su corazón no pudo resistir tanta presión y angustia.

La casa pasó a manos del gobierno local, al no haber herederos. Se intentó vender o alquilar, pero había corrido la leyenda negra de que cuando alguien

dormía, la casa despertaba de su letargo, el viejo reloj sonaba en cuanto daban las doce de la noche, y todo volvía a suceder. Se oían ruidos, golpes y sollozos, y una niña pequeña entraba corriendo en la habitación en donde alguien estaba descansando y se mentía rauda y asustada en su cama...

Pasaron los años, pasaron los siglos, y la casa seguía allí desierta y destartalada, con su enorme portón deteriorándose con el tiempo.

Rosa no había podido olvidar la mirada suplicante de la niña. Un día, leyendo una frase de Teresa de Calcuta, una frase muy simple y muy corta, que la hizo pensar: la paz comienza con una sonrisa. Rosa sabía de sobra por intuición que esa niña estaba muy asustada. "Acudió a mí y la rechacé por miedo" pensaba. Tengo que acudir a remediar lo que no hice en ese momento. Tengo que volver a ese lugar y tranquilizar a esa niña para devolverle la paz y que encuentre su camino. Si no, yo jamás seré feliz ni encontraré el mío.

Así que una noche, aprovechando que su marido estaba fuera de viaje de negocios, subió a su coche y se encaminó hacia el lugar. Era primavera y el camino ya estaba transitado. Al abrir el portón, éste volvió a chirriar estremecedoramente, pero a ella le pareció que sollozaba y no se amilanó. Sabía a lo que iba y de pronto tenía una fuerza interior que la empujaba a lograr lo que se proponía. Atravesó el inmenso y lúgubre vestíbulo; buscó la habitación; se costó sin dudar en la gran cama con dosel y espero impaciente a que sonara el gran reloj dando las doce campanadas de la noche. Con la última, se abrió la puerta y apareció la niña en camión que rauda y de un salto se metió en la cama con ella acurrucándose a su lado. Rosa la abrazó y la atrajo hacia sí sonriéndola. Y entonces sucedió el milagro.

De pronto la vino un gran sopor que se convirtió en un profundo sueño y lo último que advirtió fue el cuerpo de la niña pegado al suyo y susurrándole al oído, "gracias mamá". Cuando se despertó, estaba sola en la gran cama y el sol entraba a raudales por la ventana. A Rosa le dio la sensación de que la niña se hubiese confundido con su propio cuerpo; tal fue el extraño abrazo que tuvo con ella.

Al mes siguiente, Rosa supo que estaba embarazada. Y nueve meses después, dio a luz a una preciosa niña de cabellos castaños.

Pasaron los años, y con el tiempo, el viejo caserón se convirtió en un lujoso y confortable hotel rural de montaña. Atrás había quedado la leyenda, y nadie ya hablaba de que el lugar había estado embrujado. Luis leyó un anuncio en el periódico y le preguntó a Rosa:

- ¿Quieres que volvamos a hacer aquella excursión para quitarnos el mal yuyu?

Ella aceptó y se fueron los tres, pues Martita era ya una preciosa adolescente. Cuando llegaron por una carretera asfaltada, el portón estaba irreconocible: pintado de verde y con una placa dorada que decía "Bienvenidos al Descanso". Cuando lo abrieron no lo chirrió, sino que sonaron muchas campanillas de bienvenida.

Esa noche durmieron los tres juntos en una gran cama con dosel, tan parecida a la de aquella vez, que Luis casi juraría que era la misma.

Marta le dijo su madre al oído:

- ¿Sabes mamá? Yo creo que ya he estado aquí alguna vez. Será que lo he soñado ¿verdad?

La Piru. "Relatos del portón." JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 4.2 (2016)
<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>
©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Y se abrazó mimosa a su madre.

Perfil de la autora: La Piru escribe desde hace años y publica en varias revistas de ficción y poesía.

No quiere revelar su verdadero nombre.

Contacto: a través de la revista JACLR